

La cita

Sara llevaba toda la tarde allí sentada, en uno de los bancos de madera que había en el camino del parque que bordeaba el estanque de los patos. Ya estaba empezando a caer el sol y su resplandor anaranjado se reflejaba en el agua oscura que ella tenía delante, emitiendo pequeños destellos de luz. Había visto llegar a matrimonios con sus hijos que alimentaban a los patos desde el puente que cruzaba el estanque, y había visto a las aves nadar de aquí para allá, jugueteando y peleándose por los mendrugos de pan. También había visto a jóvenes en bici, haciendo *footing* o simplemente dando una vuelta, en grupos o en parejas, solos o paseando al perro, agitados o tranquilos. Gente que acudía al parque para disfrutar de él o que sólo lo cruzaba para atajar el camino hacia la calle siguiente.

A pesar de llevar toda la tarde allí sentada, el tiempo se le había pasado volando. No importaban las familias, ni los patos, ni los ciclistas, ni los que paseaban a sus perros, porque ella misma tenía sus propias razones para estar en aquel banco, en aquel parque. Nada más terminar de comer había corrido a su cuarto a arreglarse. Sacó del armario aquel vestido granate con pequeñas flores azules, ése que no tenía mangas y que le llegaba a la rodilla, tan cómodo y veraniego. Permaneció un largo rato frente al espejo ocupándose de que los bucles de su corto cabello castaño quedaran perfectamente colocados en su sitio. Se pintó un poco los ojos para resaltar su claro color miel (sólo un poco, para que su madre no la riñera) Y salió a la calle con el corazón palpitando de emoción y la sonrisa grabada en la cara.

Aún mantenía los latidos emocionados y la sonrisa paciente, aunque habían pasado ya varias horas desde que se instaló en el banco de madera. Jaime debía estar a punto de llegar. Siempre quedaban en el mismo sitio, a la misma hora. Luego daban un paseo por el parque, merendaban o cenaban juntos dependiendo de lo tarde que se hiciera y él la acompañaba de vuelta a casa.

Sara amplió su sonrisa al pensar en él. Llevaban varios años juntos y eso era una muy buena señal para una pareja de su edad. Estaba segura de que aquel verano sería decisivo, que les cambiaría la vida a los dos. Lo presentía cada vez que estaban juntos. Y el día anterior él se había mostrado bastante ansioso e impaciente por contarle algo. No había parado de sonreír, como si el murmullo de risa se le escapara por la comisura de los labios cada dos por tres de forma inevitable. Sí, Sara tenía un maravilloso

presentimiento. Por eso el corazón no había dejado de latirle con fuerza desde que había llegado, anticipándose a la noticia que ya conocía.

Una mujer joven se acercó de repente y se sentó junto a ella en el banco, cruzándose de piernas cómodamente mientras disfrutaba de un helado de cucurucho. Sara la miró de reojo discretamente y enseguida desvió la mirada hacia el camino, sintiéndose algo cohibida. Aquella desconocida se le había sentado demasiado cerca para su gusto, pero suprimió el impulso de retirarse pensando que resultaría bastante grosero. Quizá también estaba esperando a alguien. Quizá... no tenía a nadie a quién esperar y no quería sentarse sola. Así que permanecieron de esa forma un rato considerable hasta que la chica terminó su helado y, abriendo el bolso, sacó un libro con naturalidad y se puso a leer en voz alta.

Sara se quedó estupefacta y volvió a mirarla con los ojos muy abiertos. ¿Qué pretendía aquella mujer? Ella no estaba en contra de que se leyera en los parques, por supuesto que no, pero pensó que era de muy mala educación hacerlo en voz alta sin tener en cuenta que podías molestar a los que te rodeaban. Sintió la tentación de pedirle a su compañera de asiento que hiciera el favor de callarse, pero entonces se dio cuenta de que el fragmento que ella leía le resultaba vagamente familiar y cerró de nuevo la boca sin llegar a articular palabra. Reflexionó por un instante, intentado recordar. Se sentía como si ella también hubiese estado leyendo ese libro recientemente y se hubiese quedado en aquel mismo punto de la trama. Los personajes se le hacían simpáticos y conocidos y el argumento le había gustado en su momento, así que empezó a prestar atención a la voz de la joven sin darse apenas cuenta.

"He debido leerlo hace poco", se dijo, pensando que después de todo ella era una gran aficionada a la literatura y que aquel verano en concreto se estaba dedicando a leer con fervor. "Por eso me resulta familiar. Pero no recuerdo cómo se titulaba... y tampoco recuerdo cómo terminaba".

Dedicó un último vistazo al camino, titubeando. Jaime tardaba en llegar... ¿le habría ocurrido algo? Quizá se habría retrasado en el trabajo, no sería la primera vez. Don Agustín no trataba muy bien a los muchachos que trabajaban en su bar, pero sólo era una situación temporal. Jaime acababa de graduarse en la universidad y dentro de poco encontraría un buen empleo que fuera definitivo. Y entonces ellos podrían... Sara se miró la mano derecha, conteniendo la sonrisa. Dedos largos de pianista, como decía siempre su madre. Qué bonita quedaría la alianza dorada en su dedo anular...

Su compañera persistía en la lectura, pero a Sara ya no le molestaba. Tenía una voz agradable, dulce y tranquilizadora. Entonaba los diálogos de los personajes con gracia, como solía hacer ella misma cuando le leía en alto a su madre. Y la novela estaba en un punto muy interesante... de verdad le apetecía saber qué sucedería con aquellos personajes que le resultaban tan extraños y familiares al mismo tiempo. Poco a poco empezó a prestar más atención a la historia, olvidándose del parque y de la espera. Se distrajo tanto, estaba tan entretenida, que no se dio cuenta de que el sol se hundía en el horizonte por completo y los tonos naranjas que manchaban el cielo eran sustituidos por rosas y malvas. La oscuridad creció lentamente hasta envolver los árboles, las flores, los arbustos y el estanque. Los patos fueron recogiendo torpemente en la orilla, acurrucándose para dormir. Las farolas parpadearon y se encendieron, primero con una luz tenue y suave, luego adquiriendo más intensidad.

La joven hizo una pausa y miró el cielo ya casi totalmente negro con los labios fruncidos en una mueca. Examinó también los alrededores con ojo crítico. Y, finalmente, se volvió hacia Sara y dijo:

- Mamá, ¿quieres que nos vayamos ya a casa?

Sara alzó la vista en el acto y miró a la chica a la cara por primera vez en toda la tarde.

Tenía el pelo castaño, largo hasta pasados los hombros, y sus mismos ojos claros color miel. Pero sonreía con la sonrisa de Jaime y la miraba con el mismo cariño con el que él siempre la miraba a ella.

Qué ridiculez. Sara se miró a sí misma, en un repentino parpadeo de lucidez. No estaba sentada en el banco, sino en una silla de ruedas aparcada justo al lado de éste. El vestido granate de verano con pequeñas flores azules era en realidad una falda pardusca de color indeterminado y una blusa igual de incolora. No se había pintado los ojos y desde luego no había sido ella la que había pasado los minutos lidiando con sus bucles, ahora lánguidos y canosos, para colocarlos en su sitio antes de salir a la calle. Sus manos no eran las de una veinteañera, estaban arrugadas y nudosas por el paso de las décadas. Y en su dedo anular ya había una alianza dorada.

"¿Qué estoy haciendo aquí?", pensó entonces. Y comprendió que era ridículo esperar a que Jaime llegara a la cita... su marido llevaba más de siete años muerto.

- Eh, eh, preciosa, no llores –exclamó rápidamente la joven mujer, acercándose más a ella para secarle unas lágrimas que Sara no era consciente de haber derramado-. No pasa nada, mañana volveremos a esperar a papá. Como siempre.

Qué ridiculez, qué ridiculez... Pero, a fin de cuentas, ¡ellos habían quedado allí aquella tarde! Sara estaba convencida, ¡claro que sí! La tarde anterior habían ido paseando hasta el restaurante de la calle Corrales y habían cenado juntos. Él había estado de un excelente buen humor y ambos se habían reído hasta la saciedad, disfrutando del verano, de los planes... Tantos planes... Él dijo que quedarían al día siguiente, en el mismo sitio a la misma hora, y que traería una sorpresa para ella. Lo dijo, lo dijo, estaba segura. ¿Por qué no se había presentado? ¿Acaso no había estado esperándole toda la tarde?

- Jaime... -balbuceó, y fue al oír su voz rota cuando se dio cuenta de que verdaderamente estaba llorando-. Jaime... se me iba a declarar hoy. Se me iba a declarar hoy... El anillo...

Y hundió la cara entre las manos, confundida. Sabía que no podría venir, pero *tenía* que venir. No tenía sentido que no viniera. Ella sabía que iba a pedirla en matrimonio y que se iban a casar.

La joven la miró con dulzura y volvió a esbozar esa sonrisa que había heredado de él.

- Lo sé –murmuró-. Sé que es un día muy importante. Volveremos mañana, ¿vale? Seguro que él viene mañana, ya lo verás. ¿Quieres que sigamos leyendo en casa?

Asintió maquinalmente, sin darse cuenta de que asentía.

- Muy bien –animó la chica, contenta, y se levantó, guardando el libro en el bolso nuevamente. Luego añadió en dirección al aire-: ¡Papá, quedamos aquí mañana, a la misma hora de siempre! No nos falles, ¿eh?

Sara se dejó secar las lágrimas con el pañuelo que la muchacha llevaba en el bolsillo, aunque siguió sollozando en voz bajita mientras ésta empujaba la silla de ruedas por el camino de arena, pasando junto a la familia de patos, por el puente que cruzaba el estanque y ante el parque infantil de juegos, de camino a la salida.

Sin embargo, cuando llegaron a la calle, ya había dejado de llorar y su corazón latía con fuerza otra vez, cargado de emoción. Habían quedado para el día siguiente, y él le había prometido una sorpresa. Había sonreído tanto, sus ojos habían brillado con esa diversión que tanto los caracterizaba... Mañana. Mañana era el día. Soñaba con la escena y con el anillo en su dedo. Seguro que Jaime se pondría nervioso al calzárselo. Los dos se reirían, felices.

Mañana... Ya estaba deseando que llegara mañana.